

Aun con las prohibiciones, el jarabe fue conformando a los llamados “sonecitos de la tierra”, que a decir de otro documento del Santo Oficio, fechado en 1798, expresa lo siguiente: “sensibilizan los malvados afectos de que están empaados unos corazones verdaderamente carnales”, y a continuación, el escrito lista los nombres de estos sonecitos, en los que, de nueva cuenta, abundan los motivos culinarios: *El pan de manteca*, *El atole*, *Los garbanzos*, *Los perejiles*, *Los chimix-clanes*, *Las lloviznitas*, *Las pateritas* (éstos últimos probablemente originados en las regiones lacustres de Xochimilco, Texcoco y Chalco).

Fue tal el gusto que se despertó por los sonecitos de la tierra entre los habitantes de las zonas urbanas, que al iniciar el siglo XIX un popular bandolonista ciego llamado Andrés Madrid publicó, en 1805 en el *Diario de México*, su propuesta para que las cajitas y los relojes musicales importados de ultramar cambiaran sus canciones europeas por sonecitos del país, es decir, por los más populares jarabes mexicanos.

El maestro Miguel E. Sarmiento en su libro *Puebla ante la historia, la tradición y la leyenda* publicado en 1948, escribe sobre el jarabe de chimixclán, un pan de origen poblano cuyo su nombre original es chimixtlán:

Ciertamente en el antiguo Barrio de San Sebastián, que por aquellos años aún estaba fuera de la traza de la ciudad, se celebraba una famosa verbena todos los años en la que se veneraba a una reliquia auténtica de San Sebastián y en cuyo novenario se le pedía protección contra las pestes, especialmente de la del “tabardillo” o “cocolixcle”, que en otro tiempo asoló a esta población [...] A dicha verbena concurrían principalmente el gremio de panaderos que, después de empinar el codo más de lo debido se entregaba a celebrar al santo bailando el famoso jarabe llamado “de punta y talón”. A esta fiesta, como es natural, concurría nuestro Leandrito y cuando [éste] ya fue señor don, vio con menosprecio a sus compañeros [de tahona], que lo